

PALABRAS EN HOMENAJE AL SEÑOR GENERAL GUSTAVO MATAMOROS D'COSTA (q. e. p. d.)



Contraalmirante (r)
LUIS CARLOS JARAMILLO PEÑA

Con especial deferencia y cariño, quisiera dedicar estas líneas a Beatriz Camacho de Matamoros, mujer de excepcionales virtudes y de un valor a toda prueba, a sus hijos: Pilar, Adriana, Gustavo, Rodrigo, Carolina, Iván y a través de ellos a la familia Matamoros Camacho Leyva - D'Costa.

Cuando apesadumbrado, adolorido y con mi subconsciente aún negándose a aceptar la triste realidad, recorría los últimos tramos del camino para acompañar a dar cristiana sepultura a quien por tantos años me honrara con su singular amistad y aprecio, mi superior e incomparable amigo, amigo del alma, el General Gustavo Matamoros D'Costa, sentí que un nudo se me hacía en la garganta, me sentí verdaderamente emocionado al contemplar cómo las vendedoras de flores que tienen como su lugar de labor las vecindades del cementerio: en forma respetuosa, espontánea y sencilla levantaban al cielo esas flores fuente de su trabajo para inclinarlas al paso de los despojos mortales de mi General. . . , y lo hacían en forma tan ordenada, tan natural, tan afectiva que creo no pudo existir un mejor homenaje que este, salido directamente del corazón y de las manos del pueblo que al unirse todos a uno, presentaron a este Soldado como un último adiós, los colores de la Bandera de su Patria, esa Patria a la que él tanto amó, por la que tanto luchó y en la que siempre creyó.

Esta escena, escena sin igual, se ha grabado en mi mente y es ante ese marco tricolor que recordaré a mi amigo de siempre, amigo en las venturas y en las desventuras, en los momentos de alegría y en los momentos de dolor,

Lo conocí siendo aún prácticamente un niño en mis primeros años de Escuela Militar. En mi Teniente Matamoros veía al superior a quien se quiere imitar. Ancestro castrense común, nos ayudó a iniciar una gran amistad, amistad que se cimentó años más tarde cuando ya como Teniente de Navío me reporté a sus órdenes en la Casa Militar pocos días antes de asumir la Presidencia de la República el Dr. Carlos Lleras Restrepo. Experiencia inolvidable al vivir tan de cerca momentos trascendentales en la historia del país. Mi Coronel Matamoros depositó en los Edecanes toda su confianza y lo hizo con tanto tino, prudencia y don de mando que verdaderamente conformamos un equipo del cual por su dedicación, realizaciones y eficiencia, él siempre se sentiría orgulloso y lo recordaría con especial cariño y deferencia; como también así lo creo, el Sr. Presidente, su apreciable familia y sus más cercanos colaboradores.

“Oye Lui Carlo”, solía decirme imitando acento costeño, con lo cual resaltaba con especial énfasis el cariño que los marinos sentimos por la costa y sus gentes. Innumerables horas hablamos de nuestra Marina de Guerra, de sus dificultades y sus realizaciones, de sus virtudes y defectos, y como Oficial Naval tengo la certeza y la constancia del especial afecto y admiración que Gustavo Matamoros profesaba hacia mi Fuerza. Cuando lo visitara en la mañana del 31 de diciembre pasado en compañía de un gran amigo común, lo encontramos en su lecho de enfermo ya muy golpeado por el mal que lo aquejaba; pero cuando minutos más tarde la conversación viró hacia la Armada, poco a poco se fue animando, se reincorporó y recordó tiempos pasados, anécdotas, antiguos jefes y subalternos, personajes, situaciones y en fin tantas cosas, pero lo más importante fue que lo hizo con tanto entusiasmo y exactitud que no sólo él pareció olvidarse de su mal, sino que hizo que nosotros también lo hiciéramos. Fue un verdadero paréntesis dentro de la dura realidad, estos minutos llenos de buenos recuerdos; quizás nos demoramos más de lo debido, pero estoy seguro, mi General gozó infinitamente esta reunión. Fue la última vez que lo ví.

Gustavo Matamoros tenía una simpatía excepcional. En muy pocos minutos rompía cualquier situación tirante pues se hacía merecedor al aprecio y buena voluntad de quienes lo trataban. Combinaba con ello, una excelente memoria que le permitía recordar nombres y apellidos con facilidad, así como las circunstancias que rodeaban los hechos. Por ello el acompañarlo por la provincia era por demás agradable. Conocía tanto como lo conocían a él y gozaba del cariño de las gentes. Recuerdo una gran recepción que le ofrecieron en una oportunidad que visitamos Ipiales, lugar en donde estuvo de Guarnición por varios años al inicio de su carrera. Después de una velada de alegría, cuyes y hervidos, para mi sorpresa, al terminar la reunión, sin importarle el frío de la noche ni la pertinaz llovizna, me pidió que lo acompañara a recorrer a pie la periferia del cuartel. Quería recordar todos aquellos sitios que inspeccionara cuando era Oficial de Planta de esa Unidad, y así lo hizo recorriendo paso a paso, rincón por rincón y quizás momento a momento, las rondas del pasado. Sin lugar a dudas, su mayor "hobby" fue su profesión. Su espíritu militar siempre estaba presente en todos los actos de su vida.

Su sencillez era una de sus principales virtudes. Quienes lo conocimos de cerca, nunca le notamos cambio alguno en su forma de ser, a pesar de que recibió todos los ascensos y todos los honores. El compartir un rato con un amigo era su mayor anhelo. Gozaba extraordinariamente montando a caballo, a lo cual solí acompañarlo en la época de la Casa Militar, pero confieso que preferí hacerlo años más tarde en otro deporte que él acogió con cariño, el golf. La equitación a las cinco de la mañana, sin importar la hora en que nos hubiéramos retirado al descanso ni las condiciones del tiempo, no llegó a producir en mí el encanto seductor que en mi General lograba. Sin embargo, el sol naciente, la belleza de la sabana contemplada desde los cerros de la Escuela de Caballería y la serenidad de las tempranas horas, fueron sin lugar a dudas una gran ayuda para discutir y analizar los problemas que nuestro trabajo día a día nos presentaba. Muchas fueron sus enseñanzas.

El tacto y la prudencia, también formaron parte fundamental de su carácter. Recuerdo muy claramente aquella noche en vela, en Barranquilla, cuando la eternidad llamara a filas a ese otro gran Soldado de la Patria, el General Gabriel Rebéiz Pi-

zarro. La brillante inteligencia del Presidente aceptó las sugerencias del Jefe de su Casa Militar, quien para entonces ya era depositario de su entera confianza y amistad. Quizás en esos momentos comenzaban nuestras Fuerzas Armadas a sentir en definitiva la influencia del General Matamoros.

Sería interminable el continuar tratando de describir las virtudes de Gustavo Matamoros, pero no quiero terminar estas líneas sin mencionar la que para mí fue quizás la mejor de sus condiciones: la de amigo leal y sincero. Cuando lo visitara en una tarde de crisis en el Hospital Militar y tratara de reconfortarlo, me respondió abordando el tema de la significación noble y profunda que para él tenía la amistad que por tantos años nos uniera. En un momento dado contemplé cómo se aguaban sus ojos. Era la segunda vez que así lo veía. La primera hacía precisamente dos años cuando como Comandante General al darme un estrecho abrazo, aceptaba mi presentación, al final de mi carrera de armas. Es mi orgullo el haber sido el amigo de quien gracias a sus virtudes, a su obra, a sus merecimientos y a sus aciertos, entrara a ocupar puesto de honor en la historia de la Patria, y a quien siempre recordaré cruzando el umbral de la grandeza a través de una bandera de flores, que manos humildes de mujeres colombianas, le ofrecieran como dictado de la voluntad y del corazón de nuestro pueblo.

“EL VALOR PERFECTO CONSISTE EN HACER SIN
TESTIGOS LO QUE SERIAMOS CAPACES DE HA-
CER DELANTE DE TODO EL MUNDO”.

LA ROCHEFOCAULD